

Dietario en Zig-Zag

Frases hechas

BUJARÍN, Radek, Zinovief, Lenine, Trotzky. En una de las bodegas de un buque, un marinero discurrea a otros marineros. Oímos: «La explotación inicua del burgués»; «Los que estamos sometidos a un yugo ominoso y degradante»; «La Rusia nueva, pendón de libertades»; «La personalidad del hombre consciente que sabe mirar al mundo cara a cara»; «Avanzad, no seáis viles, os llama el Porvenir!»

Y meditamos....

¿Es posible que estas frases que a nosotros, imparciales, nos hacen sonreír; estas frases tan oratorias, tan manoseadas, tan oídas, tan sin raigambres—aun en el mismo orador—puedan entusiasmar a los que las escuchan?

¿Es posible que sus compañeros no perciban que este hombre no es un marinero que habla a otros marineros, en una de las bodegas de un buque, que este hombre usa un lenguaje que no es su lenguaje; que les huye; que se ha artificializado, que las necesidades del perorar arrojaron de su peroración el alma?

¿O es que admiran precisamente esto los marineros escuchantes: al hombre que sabe adquirir sobre de ellos *superioridad*, al hombre que sabe dejar de ser su igual, al que dicta *mandamientos* imperiosos y rotundos, aun que los dicte con frases prestadas?

L'Abbé Hurel

¿QUÉ fué para la crepitación del pintor Eduard Manet la dulce sombra del Abate Hurel?

Al contemplar—lado a lado—las bellas desnudeces procaces de la *Olympia* y la unción acendrada y sensible del *Jesus insulté par les soldats*; el fresco sensualismo de *Dejeuner sur l'herbe* y el dolor devoto de *Les Anges au tombeau*; los equilibrios desenvueltos de *Bar des Folies* y la recogida comprensión de *Christ et la Madeleine*, podía pensarse que Manet tuvo la doble vida del Hyde y del Jekyll de la novela de R. L. Stevenson. Pero la figura del Abate Hurel asoma la cara.

El Abate Hurel fué la parte mística del pintor Manet, el feliz equilibrio que privó que las *boutades* sensualistas, tan del agrado del artista, llegaran al mojon veteados.

Zolá y la escuela naturalista estaban del lado izquierdo del pintor. (Naná llegó a cuadro). El Abate Hurel estaba a la derecha. Y es la amistad desahogada, sin molde, la que conservó, para la inmortalidad del pintor amigo, la desnudez infantil, la falta de artificio que hizo escribir a Stephane Ma-

llarmé, refiriéndose a su arte: «Virgen y abstraído guarda la inmediata frescura del hallazgo».

Una escuela iba a aprisionar a un pintor que ya había creado escuela por su fuerza, por su originalidad. El amigo fiel le dijo al oído la palabra *salvadora*.

Los cuadros del Manet místico no tuvieron el éxito de los cuadros del Manet sensual, pero en el conjunto de su obra se siente que el que pintó *Lola de Valencia* pintó también el *Fraile orando*.

El Abate fué copa de árbol sobre el pintor. Fiel, seguro, influenciante, nunca dejó de visitar el taller maldito de la calle de Lavoisier, ni cuando atornaba el escándalo por los atrevimientos del artista. Año tras año, fué llamada protección, reposo imperceptible a su lado. Y a la hora de la muerte era un Abate el que rezaba las preces de los agonizantes junto al lecho de Manet: el Abate Hurel aún. El Abate Hurel que, aconsejándolo, guiándolo, dejándolo marchar solo y libre, pero abriéndole cauce—como hizo siempre en vida—guiaba el espíritu del pintor hacia el puerto del eterno descanso.

Rogaríamos a Dios que pusiera al lado de nuestros días un Abate Hurel.

Retratos....

UN periódico español extremista ha publicado retratos de diferentes épocas del Ilustre Jefe del partido radical don Alejandro Lerroux.

Menguada idea y favor menguado para el Ilustre Jefe. Los retratos dicen la farsa entera de su vida.

Hay retratos de la desorientada juventud: el Ilustre Jefe viste con pretensiones de seductor elegante.

Los hay de la edad en que el hombre despierta a la ambición y se orienta. El Ilustre Jefe viste sin saco ni cuello y con los cabellos revueltos; todo muy anárquico.

Los hay de la edad de las atenuaciones. Ha reaparecido el cuello y el saco sin que aún se note en el Ilustre Jefe el atildamiento necesario.

Los hay de la edad de la siega. El Ilustre Jefe viste casi traje de Ministro de la Monarquía: levita de corte inglés.... y gafas montadas en oro.

Fuente

HA dicho Barbey d'Aurevilly que el nombre era el último suspiro que quedaba de las cosas.

Tú, fuente muerta, sin agua y sin verdor, te llamaste: *Fuente del Novicio Enamorado*.

Napoleón, "poeta en su obra misma"

Es con harta frecuencia que se nos habla de Napoleón como poeta y que la poesía de la acción es evocada y definida de maneras bien atrabiliarias.

Hemos leído en R. W. Emerson: «Bonaparte fué el ídolo de los hombres ordinarios, porque tenía en grado eminente sus cualidades».

No es poeta el que sueña, o el que ambiciona; es poeta el que realiza perdurablemente su sueño, el que deja a los hombres obra de belleza y de eternidad.

¿Qué nos queda de Napoleón? Su recuerdo y unas cuantas carreteras que atraviesan los Alpes. ¿Obra bella? Ninguna. Porque no queremos mezclar belleza con utilidad y creer que todo el que hace construir para sus conveniencias una carretera o un ferrocarril sea un gran poeta. Porque no queremos mezclar belleza con ambición y creer que, por el solo hecho de soñar un mundo bajo un cetro, el más alto título—el de *poeta*—deba otorgarse.

La bibliografía napoleónica no se agota. Pero no habla el hombre en ella, se habla del hombre. Este animador, que llenó el mundo un día, deja a la humanidad anécdota, no enseñanza. Nada esencial sobrevive del héroe cuando no sea su figura, su máscara.

Por la máscara escriben los poetas poesía: «Napoleón atraviesa los Alpes para ver una puesta de sol en el mar de Sicilia»; «Napoleón dice frases junto a las Pirámides»; «Napoleón recibe cuarenta estandartes después de la batalla de Austerlitz». Poesía escriben también los poetas del labriego anónimo que ve titilar la primera estrella en el cielo al erguirse después de esparcir en el surco el grano; poesía escriben también los poetas del pescador sin nombre que se envuelve de espumas y de aurora al lanzar su barca al agua. Y sin tanta teatralidad.

Napoleón dió lecciones de energía. ¡Sí! Se propuso una brillante carrera y la realizó sin reparar en los medios. Suya es la frase: «Una gran celebridad es un gran ruido. Leyes, instituciones, monumentos, naciones, todo se derrumba, pero el ruido continúa y remueve en todas las edades». Al menestral pretencioso no le importa vestir ridículo con tal de que sus ropas sean notadas.

Hemos pasado el tiempo del culto a los héroes, y ya sabemos que un héroe puede despertar las liras, pero que no va aparejado a la heroicidad el don de la poesía: *Nada más poético que Napoleón Bonaparte*, nos han dicho. Si el admirador agregara *para mí*, nada opondríamos. Pero se trata